

EL IDEARIUM PERIODÍSTICO EN LA CRISIS DE FIN DE SIGLO

JOSÉ RAMÓN MARTÍNEZ ROMERO

El siglo del periodismo es como empieza a denominarse a los albores del XIX. Si bien, los medios de comunicación de masas no tenían el protagonismo, ni la capacidad de transformación y manipulación que han conseguido a lo largo del siglo XX, comienzan a aparecer rasgos que van a ser después característicos de la modernidad mediática. La consideración de algunos de estos rasgos periodísticos y su vigencia actual es lo que queremos presentar en este análisis, partiendo de la teoría de la comunicación y su consideración de que los medios no transcriben la realidad sino que la construyen, y que la aprehensión de lo real está mediatizada por los universos simbólicos que, en este caso, los textos periodísticos construyen.

El cultivo del periodismo por parte de escritores e intelectuales es, como sabemos, uno de los rasgos más significativos del fin de siglo, de tal manera que la colaboración periodística se convierte en uno de los géneros más cultivados por los intelectuales del 98. Los más importantes escritores almerienses como Antonio Rubio, Placido Langle, Francisco Aquino y Durban Orozco, colaboran muy activamente en la prensa local. Todo ello en el contexto de la Almería de la Restauración, cuya vida política y social está marcada por una burguesía comercial y minera con estrechas relaciones internacionales y por un predominio del liberalismo moderado, al mismo tiempo que por unas profundas desigualdades sociales.

Al respecto surgen algunas cuestiones, pues ¿crean los intelectuales de fin de siglo un género que no tenía antecedentes? ¿Qué antecedentes se pueden rastrear? ¿Cuáles son las características de este género periodístico? ¿En qué influirá posteriormente? ¿Cómo es el cultivo de este género en la prensa almeriense? Son algunas de las preguntas que el tema suscita, aunque no podamos acercarnos a todas ellas, dados los límites de esta Comunicación.

La necesidad de un nuevo espacio periodístico, que termina convirtiéndose en un género tiene relación con el clima intelectual creado por una conciencia histórica en crisis y con la necesidad de plantear fórmulas con las que hacer frente a la crisis de identidad. Idealismo, regeneracionismo, una crítica feroz hacia la política y los políticos, y una exacerbación de los temas patrios, forman parte del corpus conceptual de las crónicas del momento. Un corpus que ha renacido con fuerza en el campo temático de cierto periodismo de los noventa.

Este nuevo discurso de la opinión necesitaba un espacio nuevo para su expresión, pues escritores e intelectuales, convertidos en colaboradores de periódicos van a necesitar un géne-

ro donde opinar, donde registrar las opiniones personales, donde analizar la crisis de identidad que caracteriza el periodo. Ese género va a ser la crónica periodística, de manera que la colaboración periodística de escritores e intelectuales en estos años se convierte en el lugar idóneo para recoger parte del Idearium de fin de siglo.

El análisis de lo que había acontecido y la búsqueda de nuevas formulas y diferentes planteamientos necesitaban ese espacio particular donde la opinión personal que tan especial significación va a tener para los intelectuales del 98 tuviese proyección. Ortega señalaba: “Súbitamente brota en ellos un delirio de opinar: opinan sobre todo, sobre lo grande y sobre lo mínimo. Sienten el prurito y como una manía de tener sus ideas sobre todo”. El resurgir del periodismo de opinión en la prensa española de los noventa más cerca de la crónica que del análisis es una expresión de ese periodismo cronista.

Junto a su necesidad personal de opinar desde esa conciencia histórica en crisis, la necesidad de enseñar, la necesidad de buscar y hacer explícitas fórmulas que pudiesen conformar una nueva identidad. En este sentido, las páginas de periódicos como *El Ferrocarril* y *La Crónica meridional*, intentan convertirse en una extensión de las aulas universitarias. El tema de la educación es un tema muy presente no sólo en los periódicos sino también en el pensamiento de la época, como vemos en las sociedades obreras donde la instrucción pasa a ser un objetivo prioritario.

La función del periodismo para los hombres de fin de siglo es el registro de la realidad. Comienza a construirse con ello la consideración de que los medios de comunicación no construyen una imagen de lo real, mediatizada precisamente por los universos simbólicos que construyen, antes bien para el discurso periodístico de fin de siglo los medios son el espacio idóneo para transcribir la realidad. Las marcas que definen los géneros periodísticos tal y como están delimitadas en el periodismo actual no están en estos momentos explícitamente conformadas, de tal manera que el corresponsal de un periódico en un país extranjero se convierte en el encargado de retratar, pintar, transcribir la realidad del país. Aunque transcribir esa realidad si tiene unas normas, como vamos a ver, que ellos mismos explicitan.

Establecida de esta manera la función de la crónica de la realidad, se verán como precedentes del género y de su función los viajeros de siglos pasados. Ganivet señala:

“los tan decantados venecianos y florentinos, no eran más que corresponsales de periódicos, (...) injertados en políticos sutiles, que escribían sobre todas las cosas con la mayor libertad y desenfado, y nos dejaron cuadros admirables de los países en que habitaban”.

TIPOLOGÍA DISCURSIVA

La crónica periodística de fin de siglo se estructura respondiendo a una tipología discursiva específica, como forma de construir un idearium. En este sentido, se hace necesario analizar las estrategias discursivas que imponen un punto de vista, desde el cual se indica el camino de la interpretación.

El corpus temático escogido es la representación simbólica de la crisis de identidad finisecular en la prensa almeriense, aunque ésta se caracterice, en el contexto de la prensa an-

daluz de principios del XX, por la ausencia de diarios destacados, fenómeno paralelo en Jaén y Huelva, frente a lo que sucedía en Málaga, Sevilla, Córdoba y Granada, donde aparecen una serie de diarios, considerados por Monpart como “diarios destacados” (García Galindo, 1995). Si bien, somos conscientes del alcance limitado del material seleccionado, creemos que los resultados del análisis pueden relacionarse con el hipertexto que construye la noción general de fin de siglo.

Los textos periodísticos analizados responden a la estructura de la enunciación, es decir, el texto que exhibe su enunciación. En el análisis de las estrategias discursivas seguimos a los teóricos de la comunicación, al considerar la enunciación discursiva como el acto de apropiación del aparato formal de la lengua por parte de un locutor y la declaración de su posición mediante una serie de indicios específicos y procedimientos accesorios.

Como sabemos los textos revelan u ocultan la voz que los articula y en los textos que analizamos, la voz es explícita en los artículos de opinión. Naturalmente, cuando hablamos de voz, estamos hablando no en términos de sujeto biográfico, sino como un sujeto de un discurso, el sujeto de la enunciación. Aunque los textos que analizamos se caractericen precisamente por la aparición constante de un narrador biográfico que marca con reiteración su presencia en el texto.

Como sabemos, las marcas que definen esta posición de la enunciación y su sujeto con respecto al enunciado están determinadas básicamente por los defectivos. La localización e identificación de personas, objetos o procesos, por relación al contexto espacio-temporal creado por el acto de enunciación, se hace explícita de manera especial en los artículos de opinión. Las crónicas se van a introducir de manera personal, haciendo referencia a la identidad de los interlocutores en una situación comunicativa. Mediante personales y posesivos el que escribe se adueña del aparato formal de la lengua enfatizando su posición.

También caracteriza a estos textos la presencia enunciada de la figura de la recepción. Las referencias al lector son constantes, tratando de implicar al lector empírico en el contenido del texto.

SUBJETIVIDAD PERIODÍSTICA

La utilización estratégica de la enunciación enunciada está íntimamente relacionada con la significación que, como vamos a ver, tiene la subjetividad periodística de fin de siglo. Una concepción subjetiva del pensamiento sustentada por la consideración de la mirada como forma de conocimiento, la impresión subjetiva como forma de expresión y lo personal como forma de valoración.

El periodismo de fin de siglo es el periodismo de la mirada. Interesado en transcribir lo que se ve en la calle, lo que se oye en la vida cotidiana, para el intelectual de fin de siglo el conocimiento de la realidad comienza en la calle. Para quien quiera conocer la realidad, en este sentido, son muy gráficas las proclamas del intelectual granadino Ángel Ganivet que señala que no se pierda el tiempo en archivos y bibliotecas: “que se vaya a lo ancho de la calle, y allí donde note un movimiento espontáneo de mucha gente en una misma dirección estará seguro de hallar el principio de una investigación transcendental para la ciencia”.

Al mismo tiempo, la consideración de la mirada como forma de conocer la realidad lleva consigo la necesidad de la descripción como estilo. A la mirada como conocimiento le corresponde estilísticamente una descripción pormenorizada que da cuenta de la realidad.

La presencia explícita del escritor en el texto es, como hemos visto, la estrategia discursiva más significativa, de tal manera que la subjetividad del escritor, desde sus impresiones a sus valoraciones personales se convierten en elementos propios de la coherencia del texto. El periodismo de fin de siglo enfatiza de manera especial la valoración personal, el juicio propio, la crítica personal. Como consecuencia de esta valoración de lo personal aparece lo que Ortega va a llamar “el delirio de opinar”.

DEFENSA DE UN IDEARIUM

Si bien, en el proceso de enunciación se evidencian particularidades de este discurso periodístico, nos interesa ahora subrayar la elaboración social de la realidad que este lenguaje periodístico construye, tanto por la selección que hace de los hechos como por las representaciones simbólicas que construye.

La conciencia histórica de estar viviendo una crisis política, social, cultural y vital conforma la representación simbólica más significativa del momento. El fatalismo es su expresión más cotidiana. Como ha señalado Subirats “el aspecto predominante en el pensamiento de este periodo, comprendido entre la derrota del colonialismo español en 1898 y el ascenso del nacional-catolicismo a partir de 1934, es el pesimismo” (1995: 32).

El Ferrocarril, en su línea editorial, es una muestra de este pesimismo histórico: El encasillado es la preocupación de aspirantes a diputados, los hombres de talento sólo piensan en el medio de elevarse, de satisfacer ambiciones y con tal sistema de vida, nuestras vías de comunicación no pasan de proyectos, nuestra enseñanza no está a poca más altura que en Marruecos y en todos los órdenes de la vida vamos a la cola de las demás naciones de Europa.

Surgen también algunas voces críticas en la prensa local contra este pesimismo reinante o jeremiada continua del discurso periodístico: “Da vergüenza oír hablar a la gente. Causa tedio leer la prensa... Pero ¿Qué es esto? Parecemos un pueblo de Jeremías revolcándonos en el muladar de Job”. Y es que el pesimismo, los augurios fúnebres y las lamentaciones continuas forman parte del universo simbólico que la prensa almeriense construye. Un universo simbólico que se expresa también en una parte de la prensa española actual.

Junto a estas imágenes de la decadencia también aparece la representación de lo que Ganivet en el idearium español formula en los términos de una “regeneración espiritual”. Lo que Cacho Viu ha llamado el fundamentalismo nacionalista que entiende la regeneración del país como otra España que debe salir de lo nacional. Las apelaciones a la regeneración, al espíritu del pueblo, de una raza como afirma *El Ferrocarril* que aún existe, “a pesar de los años que lleva desangrándose y peleando sin cesar”.

De las fórmulas para la regeneración, la más reivindicada será la valoración de lo popular frente a las burocracias políticas y las elites acomodaticias. Es el tema de las dos Españas que algunos periódicos de la modernidad han rescatado. La España productiva, inteligente, que sabe lo que vota, frente a la España del subsidio e ignorante. La política partidista se representa como

la calamidad más desastrosa que aflige a nuestro país, según aparecía en las páginas de *El Ferrocarril*, el 1 de enero de 1898.

Por encima de lo político estará siempre la representación magnificada de la idea de pueblo. El periódico *El Ferrocarril* enumerará en el editorial del 6 de enero de 1898, los valores del periódico como los valores del país frente a la “política a la usanza” definida como “monumento levantado a la inmoralidad y al servilismo”. Frente a ello, los periodistas del diario se presentan como “activos y enérgicos en la defensa de beneficiosos empeños, de las aspiraciones justas, y de los elevados propósitos, viviendo en intimidad absoluta con el pueblo”. Algunos diarios de la prensa española de los noventa no dudan tampoco en presentarse como los nuevos regeneradores de la democracia, como los héroes mediáticos de la sociedad española.

Como la teoría del discurso aplicada al análisis de los medios de comunicación de masas ha evidenciado, cualquiera de los textos periodísticos es una forma de construcción de la realidad social, en cuanto narra lo real acontecido a partir de un medio que como creador de discursos, selecciona y, en consecuencia, tematiza. El discurso de fin de siglo, a partir de la estrategia de la subjetividad, construye una representación simbólica de la realidad, tematizada desde el fatalismo y la desazón, pero también desde la búsqueda renovadora. En el periodismo almeriense, el discurso mediático de fin de siglo, articula, representa y tematiza un texto que se relaciona además con el hipertexto que construye esta noción en general, una noción que utilizando palabras de Subirats podríamos resumir como “una nueva mirada sobre la realidad histórica de España, una mirada problemática, escéptica, herida mortalmente por un conflicto histórico experimentado, al mismo tiempo, como una angustia interior” (1995: 55).